

Francisco Romero

La quimera de
Alonso y Sancho

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

www.ebaobab.com

pacoromero@ebaobab.com

Durante la primera escena no es preciso contar con elementos escénicos. La creación de dos ambientes se puede hacer con la iluminación. Las siguientes escenas se desarrollan en la casa donde Cervantes escribe su obra, y es necesario contar con un mobiliario sencillo.

PERSONAJES:

DON QUIJOTE

SANCHO PANZA

FENISA Una musa en busca de autor.

CERVANTES

MARÍA La criada de Cervantes.

AGUSTÍN Un amigo de Cervantes.

DULCINEA

PRIMER ACTO

Aparecen al fondo don Quijote y Sancho dubitativos. Van vestidos como vagabundos. No saben hacia dónde dirigirse y se quedan en un lado del escenario.

SANCHO. (Sentándose en el suelo.) Estoy agotado. Vamos a descansar un rato, señor.

QUIJOTE. Nada de descansar. Hemos de continuar la marcha.

SANCHO. No puedo más.

QUIJOTE. Ánimo, Sancho, que la recompensa del que mucho espera es grande, y ya noto mi lanza vibrar ante el comienzo de nuestra gloriosa leyenda.

SANCHO. Me temo que a este triste paso será la leyenda de dos fantasmas carentes de existencia.

QUIJOTE. Es cierto que no tuvimos mucha suerte cuando fuimos concebidos sin cuerpo y condenados a vagar por el mundo de la fantasía a la caza de un escritor que vida nos otorgara.

SANCHO. (Sacando un mendrugo de pan y un

trozo de queso de un morral.) Ni mucha ni poca, pésima suerte la nuestra. La de los perdedores que han fracasado antes de comenzar su historia. (Da un mordisco al queso.) Si gusta, tendrá que compartir el mío. Es lo último que nos queda para comer. Sin comida, vamos camino de convertirnos en tragedia.

QUIJOTE. En un momento tan difícil no podemos desfallecer. La posteridad nos espera y hemos de estar prestos para nuestro gran momento.

SANCHO. El que mal ha nacido, mal ha de vivir y peor morirá. Que no me gustó eso de ser ideado como trasgo que rondara la mente de los escritores a la espera de su caprichosa inspiración.

QUIJOTE. ¿Acaso puede existir una mejor motivación que la búsqueda de la eternidad?

SANCHO. Lo único eterno es nuestra penitencia... Hombre llano y rudo hubiera querido ser, y ya me conformara con segar campos y criar cerdos que me dieran para comprar pan duro, buen vino y tener una mujer hacendosa y buena cocinera, aunque muy lejos estuviera de ser hermosa, que de nada más necesita el hombre honesto para vivir en paz.

QUIJOTE. Te das cuenta de que tu desánimo puede amenazar nuestra justa causa en el momento que más cerca nos encontramos de la meta. Nunca llegarás a nada si no persistes, Sancho.

SANCHO. En comer más sí que persistiría, y en tener una buena jarra de vino que llevarme a la boca y matara la sequedad. Esos sí que son buenos motivos para la lucha.

QUIJOTE. Si dejas que te abandone el espíritu de personaje legendario, malamente podrás convertirte en mito.

SANCHO. ¡Quién quiere mitología! Yo no envidio a aquellos que sean recordados dentro de trescientos años o veinte siglos, pero este sin vivir me trastorna. ¿De qué me sirve guardar en la cabeza frases lapidarias, ocurrencias divertidas y la supuesta capacidad de gobernar una ínsula con justicia si eso me supone estar alejado de toda realidad y condenado a la deriva de los sueños?

QUIJOTE. Apúntate esa frase Sancho: estar condenado a la deriva de los sueños. Suena hermosa y puede que en algún momento nos pueda resultar muy

útil para nuestra próxima epopeya.

SANCHO. ¿Qué epopeya, señor? ¿Acaso se refiere a la de dos locos tardíos que se creyeron personajes maravillosos y se lanzaron a la búsqueda de un escritor desesperado, porque no podría ser de otra manera, que narrara sus gloriosas aventuras jamás realizadas?

QUIJOTE. Bien sabes que no es exactamente como la cuentas.

SANCHO. Da igual lo que piense y lo que usted sostenga, pero digo yo que esa historia que usted imagina ser la más grande que a través de los tiempos vivirá la humanidad, ¿no será fruto del delirio de dos espíritus fracasados a los que jamás se llegará a conocer?

QUIJOTE. Unos personajes tan perfectos como nosotros no podemos entregarnos al primer escritor que aparezca. Podríamos condenarnos para siempre si el individuo que nos cayera en suerte no supiera captar todas nuestras peculiaridades y se limitara a contar una vulgar historia, sin reparar en las grandes hazañas de las que seremos protagonistas.

SANCHO. Otra vez la excusa de que el autor no sepa estar a la altura de sus personajes. Usted sabe muy bien que sin un escritor que nos invente, no somos nadie...

QUIJOTE. Te subestimas.

SANCHO. ¿Quién va a crear a un pobre gordo analfabeto como yo? Que me parece que mis únicas virtudes son las de ser alguien que no debía estar aquí.

QUIJOTE. Si tú estás a mi lado, es porque estabas destinado a ser el escudero del más grande señor que vieron los tiempos, vencedor en mil batallas ante los más fieros guerreros.

SANCHO. No nos engañemos, don Alonso, que ni usted es un héroe de leyenda, ni yo el más valeroso escudero que haya engendrado la imaginación humana ni divina.

QUIJOTE. Te equivocas.

SANCHO. ¡Qué manía le ha entrado! La pretensión de convertirnos en los protagonistas de la más grande novela de caballerías es un gran error que nos puede acarrear más frustraciones. Y de eso ya sabe-

mos todo lo que hay que saber.

QUIJOTE. Pronto conocerás el éxito.

SANCHO. Muy contento me quedaría yo si ocupáramos un modesto papel secundario en una buena novela, como podría ser esa que llaman Amadís de Gaula.

QUIJOTE. ¡Pardiez Sancho! No te puedes rebajar tanto.

SANCHO. Que no es rebaja, señor, que es cordura. Usted podría haber sido un rico hacendado que socorriera a Amadís y yo su fiel sirviente, y tal vez hubiera hecho buenas migas con su escudero Gandalín. Hubiera sido un trabajo cómodo y nos habría situado muy dignamente en el mundo de la literatura.

QUIJOTE. ¡Ay Sancho, qué poca ambición tienes! ¿Acaso la historia recuerda a los personajes secundarios que apenas si ocupan tres míseras páginas de un libro?

SANCHO. Digo yo que más valen tres páginas en mano, que epopeya volando...

QUIJOTE. Gran error el tuyo.

SANCHO. Mire usted que la época de las novelas de caballerías debe estar muy próxima a terminar, y después nadie se acordará de rescatar a esos dos fracasados que quisieron protagonizar una gesta de tanta enjundia con tan escaso porte.

QUIJOTE. Te aseguro que la protagonizaremos.

SANCHO. ¡Con cuántos maravillosos personajes nos hemos cruzado durante los últimos tiempos! Grandes figuras que jamás han salido del reino del olvido porque ningún escritor fue capaz de narrar sus aventuras antes de que pasara su tiempo. ¿Acaso no recordáis al gigante Eniasos, quien decía ser más valeroso que Ulises, pero al que nadie concedió la oportunidad de contar su magnífica historia?

QUIJOTE. A ese tipo le faltaba carisma para ser un gran héroe. La valentía sin ingenio es cosa de brutos y perdedores, solo aquellos que somos completos sobrevivimos al abismo del olvido.

SANCHO. Os podría citar mil ejemplos más de grandes leyendas que nunca se desarrollaron.

QUIJOTE. Historias muy aburridas.

SANCHO. No nos engañemos, usted y yo sabemos que existen muchos más personajes que escritores dispuestos a utilizarlos, y que muchos de aquellos están más capacitados que nosotros para llegar a convertirse en héroes. (Se escucha un ruido.)

QUIJOTE. ¡Silencio, Sancho! Me parece que hay alguien cerca. Nadie debe saber lo que buscamos.

Entra Fenisa.

FENISA. ¡Eh, vosotros! ¿Qué hacéis por aquí?

QUIJOTE. Vamos de paso.

SANCHO. Pero antes descansamos y terminamos nuestras últimas viandas. (Se sacude las migas.)

FENISA. Vuestra cara me resulta familiar. ¿No nos hemos visto en algún otro sitio?

SANCHO. Le aseguro que no, señora. Una cara como la suya nunca la olvidaría.

FENISA. ¿Qué le pasa a mi cara!

SANCHO. Nada malo. Yo la veo muy hermosa.

FENISA. No irás de listillo, ¿verdad? Porque no me gustan los tipos que intentan burlarse de mí.

SANCHO. ¿Usted cree que con mi aspecto estoy en condiciones de burlarme de nadie?

QUIJOTE. ¿Quién es usted y qué busca?

FENISA. Soy la musa Fenisa, y me ha llegado un soplo sobre una buena novela que se está gestando. ¿Sabéis algo de eso?

QUIJOTE. Nada sabemos, y mucho tiempo ha que nuestros pasos están perdidos sin saber qué camino seguir.

FENISA. ¿No estaréis tratando de ocultarme algo?

SANCHO. Si algo notable supiéramos, ya habríamos salido corriendo en su busca, que no están los tiempos para desperdiciar buenas historias que se conviertan en leyendas, pero siempre somos los últimos en llegar a lo que merece la pena. Nuestra meta es el fracaso y nuestro destino el olvido, al ser engendrados como personajes de poca monta.

FENISA. Por la cuenta que os tiene, espero que

me digáis la verdad, porque aún no ha nacido el personaje que se ría de Fenisa. Y os aseguro que he de ser la musa de esa novela.

SANCHO. ¿Acaso tenemos aspecto de saber algo importante? A nosotros los soplos nunca nos llegan y difícilmente podríamos entrar en alguna historia con nuestra lamentable facha.

FENISA. No me fío yo de la pinta. Puede ser una estratagema para despistar, y mirad bien que si me ocultáis algo, acudiré con afán de venganza allá donde os encontréis.

QUIJOTE. Me temo que en la historia que usted busca nosotros no tendríamos cabida.

SANCHO. Ni en ninguna otra.

FENISA. Eso es cierto, pero una ya no se puede fiar ni de los escritores.

QUIJOTE. Una mujer hermosa siempre encuentra hueco en la inspiración, pero en nosotros es muy difícil que reparen aquellos que se guían por la fachada.

FENISA. Seguiré mi camino, a ver si encuentro a

ese tal que llaman Cervantes y del que muy poco se sabe.

SANCHO. ¡Buena suerte en vuestra búsqueda!

Sale Fenisa.

QUIJOTE. Menos mal que se ha largado.

SANCHO. Es la primera vez que le veo muestras de sensatez al reconocer nuestra modesta capacidad de protagonizar historias. Me alegro de que se atenga a la razón.

QUIJOTE. ¡Patrañas! Ahora que se ha ido esa bruja, te diré que nosotros estamos muy cerca de conseguir el objetivo, pero no podemos ir pregonándolo ante cualquier buscavidas que se cruce en el camino. La inspiración es volátil y muy caprichosa

SANCHO. (Sorprendido.) ¿No estaréis insinuando que habéis mentido a esa musa?

QUIJOTE. Pienso que esa mujer no hubiera sido una buena compañera de viaje en nuestra historia.

SANCHO. ¿Acaso sabe usted algo que aún no me ha dicho?

QUIJOTE. Puedo decirte que si continúas a mi lado, te prometo que en los próximos siglos se alzarán estatuas con tu efigie en todo el mundo, los niños te convertirán en su héroe más querido y todos conocerán las gestas del gran escudero Sancho Panza.

SANCHO. No desvaríe mi señor, que ya no me engaña. Bastante fue lo de prometerme la ínsula como para que ahora tenga que creerme todas esas falacias de monumentos y fama... Uno ya está muy viejo para vivir de fantasías, y me siento derrotado. Quiero retirarme a descansar para siempre.

QUIJOTE. ¿No me digas, Sancho, que prefieres las simas del abandono antes que compartir mi gloriosa ventura?

SANCHO. No se trata de preferir, sino de obrar con sentido. No lamento el tiempo que he pasado junto a vos. Reconozco que ha sido una hermosa experiencia a pesar de carecer de fortuna, pero yo no tengo espíritu aventurero ni vuestra paciencia.

QUIJOTE. (Cogiendo a Sancho por las solapas.) No desistas Sancho que nuestro premio está muy próximo, y será muy grande.

SANCHO. Siga usted y disfrute de toda la recompensa, que a mí premios inciertos ya no me ilusionan.

QUIJOTE. Pero no comprendes que no puedo presentarme a la gran cita sin escudero. Ningún escritor confiaría en las aventuras que le inspirara un caballero solitario. Necesito de tu refrendo para que pique el cebo que le lancemos.

SANCHO. Hasta ahora mi refrendo no os ha servido para nada. Yo creo que me estoy convirtiendo en una lacra... Puede que debáis elegir otro escudero más joven y decidido que sirva mejor a vuestros intereses y que comparta con más ímpetu las gestas que habréis de alcanzar.

QUIJOTE. (Suplicante.) Un último intento te pido. Si no sale bien, y desees el retiro, lo comprenderé, pero concédeme esta oportunidad. Estoy convencido de que será la definitiva.

Sancho camina dubitativo por el escenario ante la atenta mirada de Don Quijote.

SANCHO. Si así me lo pedís, acepto, pero mire mi señor que a lo largo de los tiempos ninguna buena his-

toria ha surgido de una necesidad desesperada.

QUIJOTE. Todo lo contrario, Sancho, la comodidad del estómago lleno y la bolsa repleta es la que nunca ha servido para crear. La unión de un escritor necesitado de historia y de unos personajes desesperados ante la proximidad del pozo del olvido puede producir una mezcla asombrosa de la que brote la leyenda.

SANCHO. Me admiro por vuestra manera de defender lo indefendible. A veces hasta creo que tenéis razón y que detrás de nosotros puede haber una historia que merezca la pena ser contada.

QUIJOTE. Maravillosa Sancho, maravillosa. Vamos, sigamos la marcha que ya estamos cerca de nuestro destino.

SANCHO. ¿Hacia dónde vamos?

QUIJOTE. Hacia la imaginación de un importante escritor que lleva tiempo buscándonos para resolver sus cuitas.

SANCHO. Ya no recuerdo a cuántos literatos hemos visitado en nuestro periplo. ¿Me podéis decir de

quién se trata esta vez?

QUIJOTE. De un tal Miguel de Cervantes Saavedra.

SANCHO. ¿No me diréis que se trata del mismo que buscaba la musa perdida?

QUIJOTE. Exacto.

SANCHO. ¿Por qué le habéis ocultado lo que sabíais?

QUIJOTE. De sobra sabes que no abundan las buenas oportunidades, y no podemos permitir que otros personajes mediocres con su afán de protagonismo traten de manipular a nuestro autor.

SANCHO. Pues a mí no me suena de nada el tal Cervantes. ¿Ha escrito ese individuo algo interesante en su vida?

QUIJOTE. Algunas cosillas que merecen la pena y que cobrarán importancia cuando culmine su obra maestra.

SANCHO. ¿Cuál será?

QUIJOTE. La nuestra, Sancho, la nuestra. Me he enterado de que ese hombre lleva muchos años leyendo historias de caballerías para escribir una novela que rompa con todo lo hecho anteriormente por mediocres autores, pero está abrumado porque no encuentra la clave que le permita crear la más genial historia jamás contada.

SANCHO. ¿Y usted supone que esa clave inspiradora somos nosotros?

QUIJOTE. Por supuesto.

SANCHO. Mire, mi señor, que si existe un tipo que nos crea capaces de vivir aventuras nunca contadas, es que ese tal Cervantes debe estar más loco que nosotros.

QUIJOTE. La genialidad no tiene nada que ver con la locura.

SANCHO. ¿Y dónde podremos encontrar a ese tan grande genio que necesita de nuestra inmensa cordura?

QUIJOTE. No te asustes por lo que te voy a decir.

SANCHO. ¿Por qué habría de hacerlo?

QUIJOTE. Porque nos dirigimos a la cárcel.

SANCHO. ¡No, señor, a la cárcel yo no voy! Aún no existo y ya me queréis encerrado en compañía de un tipo peligroso.

QUIJOTE. Tranquilízate Sancho, que a nosotros no nos pueden encerrar en una mazmorra. Las rejas humanas no sirven para aprisionar la fantasía.

SANCHO. Pero sí a sus creadores.

QUIJOTE. A nuestro anfitrión poco le queda por penar. Su delito es de deudas y pronto saldrá en libertad.

SANCHO. Malo es que nos haya de crear un pobre. Sólo saben de penurias y en míseras aventuras nos meterá.

QUIJOTE. Eso déjalo de mi cuenta. Caballero aventurero soy y dispuesto estoy a enfrentarme a hombres poderosos y peligrosos rufianes para desfacer entuertos y conseguir la fama que gloria y dinero nos otorgue.

SANCHO. Pues vamos señor a conocer a ese pobre hombre. Si nuestro destino es dar con un estafador, será porque lo tenemos merecido por nuestra desmedida ambición.

Se ilumina una parte del escenario y aparece Cervantes durmiendo en el suelo.

QUIJOTE. Ahí lo tienes, Sancho. Míralo como duerme. Su sueño está lejos de ser plácido, la inquietud le desborda, sus pesadillas le hacen trampa para que entre en un laberinto que le impida llegar a su meta. Se siente cerca de algo muy grande, pero no lo puede alcanzar sin nuestra ayuda.

SANCHO. Me parece a mí que usted está viendo demasiadas cosas en este feo durmiente.

QUIJOTE. Dime lo que ves tú.

SANCHO. Yo veo más bien poco. Todo está muy oscuro, aunque su forma de revolverse me recuerda cuando uno cena sin medida y hace una mala digestión, aunque eso no es fácil que suceda en la cárcel porque nunca succulentas cenas se sirvieron entre rejas. Por otra parte, observo que este hombre está

manco, por lo que si por una fatal coincidencia perdiera la otra mano, malamente podría escribir la historia que buscamos.

QUIJOTE. Esas suspicacias no ayudan a la causa.

SANCHO. (Lo vuelve a observar en silencio.) Así, a primera vista, no puedo decir que muestre rasgos de genialidad, aunque nunca he visto un genio de cerca. Y si este tipo decide poner su imaginación en nosotros, no seré yo el que se niegue a ver mi nombre escrito en sus pergaminos.

QUIJOTE. Tengo el presentimiento de que es nuestro hombre. Creo que si le damos la oportunidad, y lo dirigimos adecuadamente, podremos formar un buen equipo y escribir: “La epopeya del valiente caballero don Quijano de Castilla”.

SANCHO. ¿Y de Sancho Panza qué? Porque supongo que no querrá usted que, después de todas las penurias que he pasado a su lado, me quede fuera del título.

QUIJOTE. Comprende, Sancho, que las novelas de caballerías se han de conocer por el nombre de su

caballero. Lo que no supone que su escudero no sea de una gran importancia en el transcurso la historia, mas no es el protagonista.

SANCHO. (Con pesar.) Pienso que el afecto que siento por vos no es correspondido. Mucho prometerme ínsulas, fama y monumentos, pero si para empezar me dejáis fuera del titulo, es que ninguna importancia dais a mi aportación a la empresa.

QUIJOTE. No dejes Sancho que te pierda la vanidad, que el título de una obra sólo es importante para fines comerciales. Puesto que hay pocos escuderos que puedan comprar libros, se ha de utilizar el nombre del caballero como reclamo.

SANCHO. Eso no me convence.

QUIJOTE. Además, si la novela saliera mal y no se conociera ni vendiese, tú no asumirías ningún riesgo, pues no serás culpable de mi desventura, mientras yo estaré condenado para siempre y ningún otro escritor me concederá una nueva oportunidad.

SANCHO. (Después de caminar dubitativo.) Está bien señor, acepto las condiciones, ya que sin vuestra

insistencia no hubiera llegado hasta aquí.

QUIJOTE. Me alegro.

SANCHO. Y si ha de ser este hombre el encargado de crear nuestra leyenda, es menester que se lo hagamos saber cuanto antes. No vaya a ser que en su agitado sueño se cuelen otros intrusos y nos volvamos a quedar fuera del reparto.

QUIJOTE. Muy acertadas son tus conclusiones. Y ahora, antes de que la desesperación le deje para siempre sin historia que narrar, pongámosle nuestras manos en su frente para hacerle saber que hemos llegado y estamos prestos a ayudarlo.

SANCHO. Esperemos que sea en buena hora y sepa tratar a estos dos pobres peregrinos de la memoria sin ridiculizarnos mucho, pues no quisiera pasar a la historia de la literatura como el pobre bufón iluso de un lunático aspirante a caballero.

Colocan sus manos en la frente de Cervantes.
La luz se va apagando.

SEGUNDO ACTO

Cervantes está sentado junto a una mesa y escribe en un pliego de papel con una pluma. Su manera de escribir es fluida y parece muy concentrado en su labor. Entran Quijote y Sancho. Se acercan muy despacio y se quedan observándole.

SANCHO. ¿Cree usted que este buen hombre ya estará escribiendo sobre nosotros, o tendrá otras historias pendientes a las que querrá dar prioridad? No me gustaría que se olvidara de las gestas prometidas nada más empezar.

QUIJOTE. No lo hará, Sancho, es nuestro autor y no podrá olvidarnos mientras viva. El resto de su existencia la consagrará a engrandecernos.

SANCHO. Pobre hombre, que destino tan aburrido le espera.

QUIJOTE. De eso nada. No hay labor más apasionante en el mundo de los humanos que la de crear personajes que superen las muchas carencias de sus creadores.

SANCHO. Paréceme entonces que tan mal nego-

cio es ser escritor como personaje, que muchas penalidades se han de vivir para obtener muy escasas recompensas.

Cervantes se detiene y levanta la cabeza del texto.

QUIJOTE. Míralo, ahora debe estar pensando en mí. Su seriedad muestra la gran responsabilidad de su cometido. Debe estar a punto de embarcarme en una gran hazaña.

SANCHO. Digo yo que también podría estar pensando en mí.

QUIJOTE. Si así fuera su rostro estaría más relajado. Los episodios de escuderos son más burlescos y provocan sonrisa.

SANCHO. ¿Acaso no hay mayor tragedia que la de tener que andar siempre provocando la burla ajena?

Entra María en el escenario, lleva una bandeja con comida y la acerca a la mesa de Cervantes.

CERVANTES. ¿Por qué me interrumpís, María?

MARÍA. Discúlpeme, señor, pero debéis comer algo. Estáis obsesionado con trabajar desde que os sacaron de la cárcel y vuestro aspecto parece el de un indigente.

CERVANTES. No tengo tiempo que perder. Las ideas no conocen reglas. Cuando se empeñan en aparecer, hay que abrirles camino sin imponerles condiciones.

MARÍA. (Sirviéndole un plato.) El abrir la boca para comer nunca ha supuesto un freno para pensar, y el buen alimento siempre otorga una mayor fortaleza.

SANCHO. (¡Qué sabiduría! Yo no lo hubiera dicho mejor.)

CERVANTES. He de reconocer que no vas desencaminada.

MARÍA. Tomad estas migas que están recién hechas y veréis cómo os hacen bien al estómago y al cerebro.

SANCHO. (¡Migas! Mi gran pasión. ¡Quién pudiera meter la cuchara y buscar sabrosos torreznos

que llevarme a la boca!)

QUIJOTE. (Yo preferiría una buena sopa.)

SANCHO. (¡Sopa! Así os va. Sabed que es imposible emprender grandes gestas a base de sopa y agua. Que con buenas migas y abundante vino se puede luchar contra cualquier enemigo.)

CERVANTES. (Mientras come.) Ciertamente están muy sabrosas.

MARÍA. Así calientes y con chorizo levantan el ánimo.

SANCHO. (Habrase visto semejante manjar.)

CERVANTES. Muy necesario es el ánimo en tan duro quehacer. No se inventó la literatura para los pusilánimes.

MARÍA. ¿Y está escribiendo vuesa merced otro de esos llamados entremeses que jamás le sacarán de pobre?

CERVANTES. El arte no se ha hecho para medirlo con dinero, ni con momentáneo éxito. Lo que brota del alma tarda tiempo en recoger sus frutos, pero nun-

ca se olvida.

QUIJOTE. (Ves. Lo que yo te decía.)

MARÍA. Pues dicen que el tal Lope de Vega no piensa lo mismo, y ahí lo tenéis, poseedor de gran fortuna, poder y fama, y hasta dicen que las mujeres más hermosas se lo disputan. Él sí ha sabido utilizar las palabras escritas con provecho y no como otros.

SANCHO. (¡Qué gran mujer señor! ¡Qué no daría yo por ser real y conocerla!)

QUIJOTE. (No está mal para ser sirvienta, pero muy lejos se encuentra de ser comparada con mi inigualable amada.)

SANCHO. (¡Qué no le hablo de ficciones, señor! Que donde esté mujer rolliza, quítese mujer soñada.)

QUIJOTE. (¡Qué sabrás tú de mujeres!)

SANCHO. (Confieso que mucho más me gustaría saber.)

CERVANTES. Ese tal Lope del que habláis, malamente malgasta su ingenio. He de reconocer que alguno tiene, pero lo vende al mejor postor y con ello

se condena.

MARÍA. Digo yo que más vale tener con que gozar el presente y condenarse tras la muerte, que penar en vida por conseguir una supuesta gloria cuando los gusanos os hallan roído hasta el alma.

SANCHO. (Así se habla.)

CERVANTES. Visto está que no entendéis mucho de grandeza ni de gloria.

MARÍA. No, yo entiendo de limpiar, cocinar y de la ingratitud de los hombres, que es mucha.

CERVANTES. Por cierto, hazle llegar a don Agustín el recado de que me gustaría verlo.

MARÍA. Precisamente ese hombre es el que menos me agrada de los que frecuentan esta casa. Me parece poco respetable.

CERVANTES. Es un hombre muy válido y no tienes motivos para juzgarle de esa manera.

MARÍA. Como se nota que no es usted mujer, porque de lo contrario lo trataría de una manera distinta.

CERVANTES. No creo que sea para tanto.

MARÍA. ¡Qué no! Ese hombre es más pegajoso que el sol de agosto a la vera del Guadalquivir, y os juro que no lo soporto cuando se pone zalamero.

CERVANTES. Eso debe ser porque aún sois una mujer a la que se pueden decir zalamerías.

MARÍA. A una servidora le gusta que la traten bien y sobre todo que se la respete.

CERVANTES. Lamento ese disgusto, pero ahora déjame continuar. Mi obra exige concentración y el tiempo es el mayor tesoro para un escritor.

MARÍA. (Recogiendo la bandeja.) ¿Por qué no me iría yo a servir con un duque, que dan menos disgustos, tienen amigos menos interesados y son más generosos que los escritores?

SANCHO. (Siguiendo a María.) (Amadme, sin par mujer, y prometo dejar el mundo de las ficciones para casarme con vos y trabajar como un asno para que no tengáis que servir a desagradecidos señores.) (Sale María.)

QUIJOTE. No insistáis, Sancho, vuestras palabras son baldías porque ella no os puede escuchar.

SANCHO. El amor no conoce de frenos que lo detengan.

QUIJOTE. Bien sabéis que un personaje no puede enamorarse de una mujer real.

SANCHO. ¿Acaso no puede el escritor consagrar su amor a una musa imaginaria? ¿Por qué no podría ser al revés y vivir yo un apasionado idilio con esta frondosa mujer real?

QUIJOTE. Poco importa eso ahora.

SANCHO. Será a usted, porque a mí sí que me importa.

QUIJOTE. Acerquémonos a la mesa y veamos lo que está escribiendo sobre nosotros.

SANCHO. Espero que tan larga espera haya merecido la pena.

Se acercan a la mesa y, mientras Cervantes escribe, cogen los pliegos escritos.

QUIJOTE. Mira Sancho, aquí narra cómo se produjo nuestro encuentro.

SANCHO. ¿Qué dice?

QUIJOTE. (Leyendo.) En ese tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien —si es que este título se puede dar al que es pobre—, pero de muy poca sal en la mollera.

SANCHO. Será mal nacido. Tanto tiempo esperando para que ahora me tachen de imbécil.

QUIJOTE. No lo juzgues todavía, y si mal no recuerdo, hace poco te hubieras conformado con figurar brevemente en una mala historia.

SANCHO. Cierto es, pero digo que a este hombre no le hubiera costado ningún trabajo describirme como gallardo e inteligente.

QUIJOTE. Pero es muy posible que la historia perdiera gran parte de su valor.

SANCHO. Eso es relativo... (Mira otra hoja) Mire señor, aquí yo le digo que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido; que yo la sabré gobernar

por grande que sea.

QUIJOTE. Ves, Sancho, como no te mentí cuando te prometí poder y fama si permanecías a mi lado.

SANCHO. Gran distancia separa las promesas de los hechos, y hasta que no me vea coronado en trono no me haré ilusiones.

QUIJOTE. Yo soy caballero y nunca falto a mi palabra.

SANCHO. No es que dude, pero a veces son las palabras las que faltan a los caballeros, y tras escuchar lo dicho por mi ya por siempre amada María, digo si no podríamos haber visitado la inspiración del tal Lope de Vega. Parece ser que gran fama y poder tiene; y, además, lo frecuentan hermosas mujeres, por lo que nuestra historia pudiera ser mucho más venturosa y llena de comodidades.

QUIJOTE. Él no hubiera sabido que hacer con nosotros. No somos personajes de los que ama ni de los que lucen en sus obras. Además, el tal Lope, sólo tiene talento para el teatro, y no nos engañemos, Sancho, el futuro pertenece a la novela.

SANCHO. Otra vez el maldito futuro. A mí me interesa el presente, y en gracia me hubiera caído este tipo si me hubiera casado con María en lugar de hacerlo con esa gorda, tonta y fea de la que habla en esta página.

QUIJOTE. Dejemos avanzar la historia Sancho, que aún conocemos muy poco. Si no me equivoco, grandiosas gestas nos esperan. Ahora dejémoslo trabajar, que mucha labor le queda a este pobre hombre, e impaciente estoy por leer mis hazañas.

SANCHO. (Volviéndose hacia Cervantes.) ¡Y tú trátame bien, o vas a conseguir que me enfade y te deje plantado!

Antes de salir se encuentran con Fenisa.

FENISA. (Enfurecida.) ¡Rufianes, tramposos, malnacidos, sinvergüenzas, bastardos, canallas, mezuquinos!

QUIJOTE. ¿Le pasa algo, señora?

FENISA. ¿Así que no sabíais nada del tal Cervantes?

SANCHO. Tranquilizaos, señora. No se altere que en nada ayuda la furia a la belleza.

FENISA. No me andéis con lisonjas. Esto lo pagaréis muy caro.

QUIJOTE. Si nos deja explicarle...

FENISA. ¡Truhanes! Os voy a sacar las tripas por engañarme.

SANCHO. Mire, señora musa, que no es bueno acalorarse tanto, y lo que no pueda arreglarse por las buenas es que no merece ser arreglado.

FENISA. Me habéis robado una historia que me pertenecía.

QUIJOTE. Está usted muy equivocada. Nosotros no le hemos robado nada, nos hemos limitado a acudir a la llamada del escritor que nos buscaba. Si no la hicimos venir con nosotros, se debe únicamente a que no hay sitio para usted en una obra como esta.

FENISA. (A Sancho.) Dile a tu escuálido colega que se calle o soy capaz de partirle la boca de un mandoble, que una es señora, pero nunca admito la

mofa ajena, y menos de un esperpento de hombre.

SANCHO. Sea sensata, señora. Usted sabe tan bien como nosotros que tenemos muy poca influencia en el autor que nos rescata. Y, en confianza, le diré que no veo muy claro el transcurrir de esta historia, que muy lejos está de ser una plácida travesía.

FENISA. Eso lo dices para librarte de mí.

SANCHO. Lo digo en serio. Yo creo que una mujer como usted encontrará más oportunidades con otros autores más fértiles, con esos que saben tratar la belleza con la delicadeza que merece.

FENISA. Ya estoy desesperada. Ningún escritor quiere hacerle caso a una mujer contestataria que no se conforma con ser un objeto subordinado a los caprichos de los hombres.

SANCHO. Alguien sabrá aprovechar esas cualidades.

FENISA. Yo no soy una joven hermosa y tonta, y eso molesta a muchos escritores que prefieren inspirarse en mujeres menos complejas porque no saben como tratar con las inteligentes.

QUIJOTE. Siga buscando y le llegará su oportunidad.

FENISA. ¿Dónde busco? No sé adónde ir.

SANCHO. Yo tampoco puedo indicarle el camino correcto, pero me temo que aquí únicamente hay sitio para la amada de mi señor, y como podrá usted comprobar fácilmente, no es el tipo de hombre por el que suspiraría una mujer de su talla.

QUIJOTE. ¡Te exijo respeto, Sancho!

FENISA. (A Sancho.) Creo que tienes razón. Es posible que me haya equivocado y aquí no esté mi lugar.

SANCHO. Seguro que muy pronto lo conseguirá.

QUIJOTE. Señora, creo que un tal Lope de Vega está buscando una mujer de unas características muy similares a las tuyas para escribir una obra de teatro.

FENISA. ¿Lo que dices es rigurosamente cierto, o pretendes volver a librarte de mí?

SANCHO. Mi amo no suele mentir.

QUIJOTE. Déjala que piense lo que quiera.

FENISA. Eso es lo que suelo hacer, pero desembucha.

QUIJOTE. De buena fuente sé que busca una cortesana liberal que sepa aprovecharse de la petulancia de los hombres y manejarlos a su antojo. Fenisa creo que se llama y un largo futuro se le augura en el mundo de la escena.

FENISA. Si eso es cierto, esa mujer he de ser yo. Una oportunidad como esta llega una vez en la vida. Parto rápidamente en su busca.

SANCHO. Espero que tenga suerte.

FENISA. (Amenazante.) Yo también, por la cuenta que os tiene. (Sale.)

SANCHO. Malos tiempos para ser personaje.

QUIJOTE. Así es, Sancho, sobre todo para los mediocres.

SANCHO. (Irónico.) Es un alivio saberse uno de los importantes.

Salen y la luz se apaga tras ellos.

TERCER ACTO

Entra María acompañando a Agustín.

MARÍA. Me ha dicho don Miguel que lo espere en su despacho. Enseguida vendrá.

AGUSTÍN. Bien sabes que no me importa esperar si a cambio tengo el placer de tu incomparable compañía.

MARÍA. Me parece que eso dice a toda mujer que ve en Sevilla y alrededores.

AGUSTÍN. Eso no es verdad.

MARÍA. ¿Está seguro?

AGUSTÍN. Totalmente, sólo lo hago con las más hermosas.

MARÍA. Pues haga el favor de incluirme en el grupo de las feas.

AGUSTÍN. Eso sería una humillación para mi buen gusto.

MARÍA. ¡Qué pena! Aunque a lo peor le resultaba más triste incluirme en la lista de sus fracasos.

AGUSTÍN. Yo no acostumbro a fracasar.

MARÍA. Entonces seré la excepción, aunque no creo que eso me convierta en una mujer excepcional.

AGUSTÍN. Ya lo eres.

Entra Cervantes.

CERVANTES. Lamento mi retraso, no he podido llegar antes.

AGUSTÍN. No se preocupe, maestro, el hecho de hablar con usted merece cualquier espera.

MARÍA. (Será fantasma.)

CERVANTES. Me halaga con sus inmerecidos cumplidos. Y ahora, dígame que le han parecido los últimos capítulos que os entregué.

AGUSTÍN. (Sacando unos pliegos de una cartera.) Muy grato me parece este pasaje y un grande acierto ha sido incluirlo en vuestra novela. De todo lo que me habéis contado hasta ahora, los sucesos de la venta son los que más me han complacido.

CERVANTES. Me alegra vuestra buena acogida.

AGUSTÍN. Y muy acertado el relato que hacéis de la tal Maritornes, (se vuelve hacia María,) que más de una he conocido que podría confundirse con vuestra musa. ¿En quién os habéis inspirado para componer este hermoso personaje?

MARÍA. Si me disculpan, aún me quedan muchas cosas por hacer en la casa, y no puedo perder el tiempo con historias fingidas.

AGUSTÍN. En la ficción podemos satisfacer todo aquello que la realidad nos niega.

CERVANTES. Y sin ilusión de poco vale la vida.

MARÍA. Sigán entonces con sus grandes ilusiones, que yo he de penar con la vulgar suciedad y con la triste soledad de las cazuelas. (Se va.)

AGUSTÍN. Interesante mujer.

CERVANTES. Muy eficaz en su trabajo de la casa, aunque poco amante de las letras.

AGUSTÍN. A las mujeres las creó Dios para amar a los hombres. Sería mucho pedir que apreciaran la buena literatura.

CERVANTES. No estoy de acuerdo con vuestras ideas, aunque no es el momento más adecuado para discutir sobre ese tema... ¿Por dónde íbamos?

AGUSTÍN. Ibais a hablar de quien os inspiró el personaje de Maritornes.

CERVANTES. Nadie en particular y en muchas en general. Uno, cuando inventa un personaje, no re-trata fielmente a quien conoce, sino que junta lo que le gusta de unos con lo que imagina de otros y con lo que desearía de sí mismo. Muchas fuentes tienen las ideas y el escritor no puede controlar el caudal de cada una, mas ha de saber aprovechar el agua que le llega, aunque provenga del río menos esperado.

AGUSTÍN. Un éxito sin par auguro a vuestro Quijote, y orgulloso estoy de que me confiéis sus secretos antes de que esté publicado y al alcance de todos.

CERVANTES. Todo autor necesita de alguien que pueda utilizar como referencia para saber si sus textos trascienden a la gente como desea. El acto de escribir es solitario...

AGUSTÍN. Muy cierto.

CERVANTES. Mas no el objetivo de lo escrito, y aunque mucho confío en esta historia, no puedo mantenerme con los ojos cerrados a lo que me rodea.

AGUSTÍN. Me gustaría que me respondierais a una pregunta, puesto que, desde el primer día que me hablasteis de vuestro Quijote, no paro de darle vueltas a cierta cuestión.

CERVANTES. Decidme, maese Agustín.

AGUSTÍN. ¿Por qué lo habéis situado en la Mancha si vos no sois de allí? Y siendo tierra de poca gente importante y escaso hábito por leer, ¿no creéis que eso puede perjudicar a la repercusión de vuestra obra?

CERVANTES. Mucho he pensado en ello, y cierto es que podría obtener algún beneficio inmediato si la hubiera situado en otro lugar más conocido. Pero una obra ha de transcurrir donde ella lo pide, y el escritor no puede luchar contra el primer impulso que le aparece en la mente... La Mancha es tierra de paso, nadie presume de ser manchego. El mar, la montaña y los bosques le quedan muy lejos. Tiene tierra llana, salpicada de piedras y cardos, y el cielo es inmenso. Es un lugar extremo como lo han de ser estos perso-

najes; o están cuerdos o locos. Los dos casos son igual de naturales y con tanta facilidad se pasa de un lado al otro, pero no hay lugar para las medias tintas. Y no conozco mejor sitio para ubicar a estos seres tan extraños y tan cercanos como la enorme estepa manchega.

AGUSTÍN. Así comprendo por qué Sancho le dice a Maritornes que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador; hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá coronas de reinos que dar a su escudero.

CERVANTES. Cierto, tengo la sensación de que esta historia no sería posible en otro lugar.

AGUSTÍN. Cuando menos resultaría muy diferente.

CERVANTES. Por cierto, maese Agustín, vos que os movéis por muchos sitios y tenéis relación con el ahora famoso y aclamado Lope de Vega. ¿Sabéis si está enterado de esta historia y lo que opina de ella?

AGUSTÍN. Muy al tanto está de vuestra obra, aun-

que finge no darle importancia y dice que sólo a un pobre escritor fracasado se le ocurriría escribir una novela de locos que pretenden ser caballeros.

CERVANTES. ¡Valiente bellaco!

AGUSTÍN. No le prestéis mayor importancia. Ya sabéis que siempre insulta a los que respeta, a los otros ni les presta atención, y os aseguro que por vos siente el mayor de los respetos. Y ahora, si me disculpáis, he de marcharme a cumplir con obligaciones menos gratas.

CERVANTES. Os acompañaré a la puerta y le diré a María que ponga orden en este aposento, pues gran deseo tengo de continuar cuanto antes con los quehaceres de estos extraños aventureros.

AGUSTÍN. Con ansiedad espero las nuevas gestas que salgan de vuestra pluma.

CERVANTES. Pronto, pero la creación nunca obedece plazos y si hoy se muestra generosa, mañana se puede volver mísera y mutilar el trabajo de semanas. (Salen.)

Aparecen Quijote y Sancho.

QUIJOTE. No hay derecho, Sancho, no hay derecho a la injusticia que se me hace.

SANCHO. Mire, mi señor, que no creo que sea para tanto.

QUIJOTE. ¡Cómo que no! Mira que estropearme tan gran aventura diciendo que eran molinos aquellos gigantes a los que derroté en buena lid y con la fuerza de mi lanza. Me temo que este escritor puede estar tan ciego como los otros que no nos quisieron ver.

SANCHO. Sin embargo, a mí, cuanto más lo conozco, menos me disgusta, y os confieso que encuentro muy divertido ese pasaje, puesto que más propio queda usted embistiendo a una aspa de molino que a desaforados gigantes.

QUIJOTE. Eso es un insulto a mi valor.

SANCHO. Además, no olvide que los gigantes suelen tener mal perder y su venganza puede ser muy dolorosa.

QUIJOTE. No sé qué pensar Sancho. Cuando vinimos a visitar a este Cervantes estaba convencido de que nos trataría con la seriedad y respeto que mere-

ce nuestra valiente causa.

SANCHO. Pero mírese vuesa merced en un espejo. ¿Acaso podemos exigir respeto con estas trazas que llevamos? Muy contentos podemos estar con no habernos convertido en episodios fugaces de su inspiración y se muestre empeñado en darnos la gran aventura con la que siempre soñamos, aunque no sea exactamente como la imaginábamos al principio.

Entra María y comienza a limpiar.

QUIJOTE. Tendré que tener unas severas palabras con él para ver si consigue entrar en razón y situar la historia en el cauce que corresponde a un gran caballero como yo.

SANCHO. Mientras vos visitáis a Cervantes, yo me quedaré con esta mujer a la que sí quisiera decirle muchas palabras, y todas ellas más importantes que lo que ese tipo quiera poner en su obra.

Sale don Quijote. Sancho comienza a dar vueltas alrededor de María.

SANCHO. (Mi hermosa amada, cuánto daría por que pusieras tus lindos ojos en este humilde duende.

Sé que no soy el hombre apuesto y poderoso que espera toda mujer hermosa, pero te amo con pasión, y ¿acaso no tenemos derecho los feos a amar lo bello?... Si al menos me dieras una prueba de que no os soy indiferente, me haríais feliz.)

María se detiene en uno de los pliegos que hay en la mesa y trata de leerlo torpemente.

MARÍA. Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza...

SANCHO. (Ilusionado.) (Veis señora como noble destino me espera, y el que ahora es ignorado y feo, muy pronto puede trocarse en poderoso caballero.)

MARÍA. (Dejando el papel en la mesa.) Hay que ver qué cosas tan raras escribe este hombre últimamente. Con lo que me gustan a mí las historias de amor, y, sin embargo, nunca me he sentido amada.

SANCHO. (¿Acaso no hay mayor amor que el que yo siento por vos? Aunque vuestro señor me ponga

casado con otra, sabed que sólo a vos amo y Sancho jamás rompe sus promesas.)

María termina de limpiar y se dispone a salir del escenario. Sancho la sigue.

SANCHO. (Mirad, señora, que antes jamás habíame declarado a dama alguna, aunque muchas hermosas ficciones féminas he visto en mi largo peregrinar, pero vos sois una moza real y tangible. ¿Qué trabajo os cuesta darme una señal para la esperanza?... Sólo una...) (Salen.)

Por otro lado entra Cervantes seguido de don Quijote. Cervantes se sienta y comienza a escribir.

QUIJOTE. (Señor Cervantes, cuando yo os vine a visitar, puesto que no penséis que soy patrimonio de vuestra creación, lo hice con la condición de que se me tratara como el mayor caballero andante, el que realizara gloriosas gestas por el amor de la más hermosa dama que jamás pisara la faz de la tierra. Pero os he de confesar que me siento decepcionado con vuestra actitud. Ninguna de estas condiciones ha sido cumplida, y exijo una inmediata reparación por vuestra parte, o me veré obligado a buscar otro escritor

que sepa relatar mejor mi leyenda.)

Cervantes deja la pluma y se queda dormido sobre la mesa.

QUIJOTE. (¡No os hagáis el dormido para no escuchar mis palabras! Os estoy haciendo un llamamiento urgente a vuestra inspiración. Y si no queréis que tome decisiones drásticas, concededme una reparación inmediatamente.)

Entra Sancho.

SANCHO. ¿Qué hacéis señor junto a nuestro escribano?

QUIJOTE. Poner las cosas en su sitio y hacerle saber a este truhán que no puede mancillar mi honor cambiando el sentido de mi gloriosa leyenda. Yo soy un héroe y no el lunático farsante que él pretende.

SANCHO. Me parece a mí que en esta historia llevamos todas las de perder. Recuerde que no nos está permitida la existencia si un escritor no nos avala con su obra, y no olvide todo lo que penamos hasta que logramos que este hombre se fijara en nosotros.

QUIJOTE. Si no hubiera sido por tus repentinos deseos de abandonar el mundo de la fantasía, hubiéramos buscado a otro mejor.

SANCHO. ¡Un momento, señor! Si mal no recuerdo, vos insististeis en las inmensas cualidades de este tipo para tratar de convencerme. Yo era reacio a visitar a un escritor que pagaba sus faltas en la cárcel, pero vos dijisteis que un escritor desesperado podría componer una gran leyenda con nosotros. Y según las leyes de los sueños, un personaje debe ser fiel al buscador de historias que lo encuentra.

QUIJOTE. Tiene que haber alguna excepción en la regla. Nosotros debemos tener el derecho de irnos con otro escritor si el primero que narra nuestras gestas no respeta a sus personajes.

SANCHO. Paréceme a mí que mal puede casar un personaje con autor diferente al que lo ideó.

QUIJOTE. ¡Pamplinas! Está comprobado que somos los personajes los que creamos a los autores.

SANCHO. Me parece que esa siempre será una batalla perdida por nosotros.

CERVANTES. (Levantándose alterado.) Será una pesadilla o es posible que mis ideas se rebelen y que mis personajes no quieran respetarme. (Se mueve inquieto por el escenario.) ¿Quién se creen estos que son para traicionar a su creador?

QUIJOTE. (Los que hacen grande a un escritor.)

SANCHO. (No lo enfade, señor.)

CERVANTES. ¿Acaso no hipoteco mi tiempo, mi vida y mi alma por escribir vuestra historia? ¿Acaso no saco del vacío ilusiones, amor, venganzas, pasiones y mil aventuras que han de conceder a los que las lean la ilusión de ser ellos los aventureros? ¿No me paso noches en vela esperando la llegada de las ideas que me permitan dar la mejor de las formas a mis personajes?... Puede que no sea el escritor más grande, pero no por ello amo y respeto menos a los intérpretes que viven mis historias... Yo podría haberte hecho apuesto y poderoso, Quijote, y a Sancho el más inteligente y valeroso escudero, pero eso sería traicionarme para hacer lo que han hecho otros muchos... Yo amo vuestra hermosa locura que os lleva a realizar las mil aventuras que yo no he sido capaz de emprender

en mi vida. La ilusión de los lunáticos es mil veces más hermosa que la fría razón de los cuerdos... ¡Dadme esta oportunidad y os suplico que me ayudéis a completar esta novela! (Entra María).

MARÍA. ¡Señor! ¿Qué os ocurre? ¿Con quién habláis tan exaltado?

SANCHO. (Con nosotros, pero no nos escucha.)

CERVANTES. (Se apoya en la mesa.) Tranquilízate María, ha debido ser un mal sueño lo que me ha alterado, pero ya estoy mejor.

QUIJOTE. (Yo no soy ningún mal sueño. En todo caso, él es nuestra pesadilla.)

MARÍA. Retiraos a descansar. Últimamente estáis trabajando demasiado y eso no es bueno para vos ni para vuestra obra.

CERVANTES. Llevas razón, me iré a dormir. En este estado no puedo continuar escribiendo.

MARÍA. Os llevaré caldo caliente a la cama que os hará dormir muy bien. (Salen Cervantes y María.)

SANCHO. (Emocionado.) ¿En qué estáis pensan-

do ahora, señor?

QUIJOTE. No sé, estoy confundido.

SANCHO. ¿Acaso no merece respeto este hombre que ha hipotecado su cordura para salvar nuestra locura?

QUIJOTE. No sé qué pensar.

SANCHO. ¿Tenemos derecho a tiranizar a los que nos aman porque no lo hacen como nosotros deseamos?

QUIJOTE. Reconozco haberle rebajado parte de su mérito y creo, Sancho, que puede ser nuestro hombre, aunque discrepe por la singular manera que tiene de contar nuestras maravillosas hazañas.

SANCHO. Hemos de reconocer que es posible que él tenga razón y que su planteamiento sea al más adecuado.

QUIJOTE. Tal vez la tenga.

SANCHO. Entonces dejémosle trabajar en paz.

Salen y se hace el oscuro.

CUARTO ACTO

Entra Dulcinea y camina dubitativa por el escenario.

DULCINEA. ¿Qué hago yo aquí? ¿Cómo he aparecido en este lugar cuando paciente esperaba mi momento? (Busca alrededor del escenario.) ¿Hay alguien por aquí? (No hay respuesta.) No me gusta este silencio. ¿Existirá alguna manera de volver a mi plácido sueño?

Entra Sancho. Viste como se le conoce en la novela, se arrodilla ante ella, saca un papel y comienza a leer ante la mirada sorprendida de Dulcinea.

SANCHO. Soberana y alta señora: El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu ferrosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes no son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho, que es un servidor, te dará entera relación, ¡oh bella ingrata,

amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto; que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo. Tuyo hasta la muerte. El caballero de la triste figura. (Sancho le tiende el papel para que lo coja.)

DULCINEA. ¿Pero qué sarta de majaderías son esas? Si pretendes burlarte de mí, te advierto que no me gustan estas chanzas y que te has equivocado de mujer.

SANCHO. Nada más lejos de la realidad que pretender burlarme de tan gran señora. Mas oficio de caballería me trae hasta vuestra presencia, y esta carta, llena de amor e ilusión, de la mano de mi señor os traigo. Ansioso espero vuestra respuesta para hacérsela llegar de inmediato, pues mucho sufría cuando partí en vuestra búsqueda.

DULCINEA. Déjate de sandeces y dime dónde estoy.

SANCHO. Habéis tenido el inmenso honor de ser la elegida por el sin igual caballero don Quijote de la Mancha para ser la musa por la que realizará las más

grandes hazañas jamás vistas con el único fin de lograr vuestro amor.

DULCINEA. ¿Quién es ese tipo?

SANCHO. El más grande caballero andante que jamás haya creado mente humana.

DULCINEA. ¿Y quién es el autor que se ha atribuido el derecho de incluirme en esta historia sin contar con mi permiso?

SANCHO. El muy importante escritor y soldado don Miguel de Cervantes.

DULCINEA. ¿Y ese quién es?

SANCHO. Un enorme novelista al que se hará justicia cuando se publique su obra magna, que no es otra que la glosa de nuestras aventuras y en la que vos seréis un personaje principal.

DULCINEA. Quiero hablar inmediatamente con ese hombre y pedirle que me saque de esta historia.

SANCHO. Muy bien sabéis, señora, que eso es imposible. Cuando el autor recrea a sus personajes, estos pasan a pertenecerle para el resto de los tiem-

pos.

DULCINEA. Estás hablando de esclavitud.

SANCHO. Es nuestro sino. O nos condenamos para siempre en las simas del olvido del reino de la fantasía, o somos patrimonio del autor que nos rescata, pero los personajes nunca somos libres de manifestarnos como deseamos.

DULCINEA. Y dime Sancho, ¿este escritor es tan bueno como el famoso Lope?

SANCHO. Mire señora que yo no soy ducho en esas artes literarias, aunque buena gente me parece este hombre y os confieso que mucho empeño pone en nuestra historia. Y, eso sí, os aseguro que jamás conoceréis otra novela como esta.

DULCINEA. ¿Tan buena será?

SANCHO. Yo más bien diría extraña, aunque ya me gustaría que con el correr de los tiempos se diga que es genial, por lo mucho que nos va a nosotros en la jugada.

DULCINEA. ¿Y ese tal don Quijote, que dices que

tanto me ama, es caballero apuesto, valiente, rico y generoso?

SANCHO. (Tras dudar y rascándose la cabeza.) Se podría decir que las cuatro cosas, así juntas, no.

DULCINEA. ¿No?

SANCHO. Mas tampoco se puede negar que de todas las cualidades tiene algo.

DULCINEA. Expícate.

SANCHO. Generoso es, y prometido me tiene una ínsula cuando nuestras muchas conquistas lo permitan. Rico, todavía no lo es, pero muchas y grandes riquezas muy pronto tendrá, gracias al fruto de las aventuras que ya ha emprendido por el gran amor que os guarda. En cuanto a valentía, ¿quién puede asegurar que haya alguien más valeroso sobre la faz de la tierra? Aunque, dicho sea de paso, no siempre sabe emplear toda su fortaleza en la dirección más adecuada. Y ya solo nos queda enjuiciar su apostura, y os he de decir que mal juez es un servidor para opinar de belleza de varón, mas si como dice el refrán que el hombre y el oso cuanto más feo más hermoso, os puedo

prometer que os encontraréis ante el oso más esque-
lético que hayáis conocido jamás.

DULCINEA. Mal asunto es cuando se han de em-
plear tantos requiebros para hablar de cualidades.

SANCHO. En cuanto lo veáis, lo entenderéis.

DULCINEA. Haz venir inmediatamente a ese su-
puesto caballero. Quiero saber si es digno de que yo
ponga mis ojos en él.

SANCHO. Mire, mi señora, que el creador de la
novela no desea que se produzca tan pronto el feliz
acontecimiento, ya que se pudiera trocar el destino y
malograrse nuestra historia.

DULCINEA. (Amenazante.) De no ver inmedia-
tamente a ese tal Quijote, no me prestaré a seguir
figurando en esta infausta novela.

SANCHO. Veré lo que puedo hacer, aunque no os
garantizo nada. Tan grande es su timidez con las mu-
jeres como enorme valentía muestra ante los molinos.

Antes de salir aparece don Quijote vestido con la
armadura y blandiendo su espada.

QUIJOTE. (Arrodillándose ante ella.) Ante vos, mi amada doncella, me finco de hinojos, pues sois la luz que guía mis pasos y concede sentido a mi vida, y vuestra mirada es la llama que enciende mi pasión aventurera. No habrá reino que no conquiste para lograr vuestro amor, ni enemigo al que no amilane para que presto venga a declararse siervo de la inigualable Dulcinea del Toboso.

DULCINEA. (A Sancho, despectiva.) Y este espantajo es el que reúne todas las gloriosas cualidades de las que me habéis hablado.

SANCHO. Comprended que yo soy un pobre mandado y algo he de engordar los valores de mi amo si quiero salir airoso de la misión encomendada.

DULCINEA. Pues conmigo no contéis para continuar con esta patraña. Yo me marchó. (Se va.)

SANCHO. (Saliendo tras ella.) ¡Pero señora no os vayáis, que con vuestra irresponsable actitud podéis arruinar el destino de todos!

QUIJOTE. Déjala marchar, Sancho, pues gran razón tiene. Yo todavía no soy digno de sus encantos y

muchos entuertos me quedan por desfacer y aventuras por correr antes de que la sin par Dulcinea repare en el gran amor que le tengo.

SANCHO. Pienso yo que no es cuestión de aventuras, sino de gustos, y paréceme a mí que el de la señora Dulcinea está muy alejado de vuestras facultades y de las de nuestro escritor.

QUIJOTE. De nosotros depende que cambie pronto de opinión, puesto que las grandes hazañas de un caballero nunca pasan desapercibidas para su dama. Vamos a seguir con nuestras gestas. No tenemos tiempo que perder si queremos que ella recapacite.

SANCHO. Me temo que de algo más que de gestas de varón se alimentan las mujeres. Aunque yo soy un pobre ignorante que nada sabe de causas tan nobles.

QUIJOTE. Calla, Sancho.

SANCHO. Mudo me quedo. (Salen.)

Entra Cervantes acompañado de Agustín.

CERVANTES. (Irónico.) Así que decís que el gran Lope está muy irritado conmigo.

AGUSTÍN. Me temo que se ha producido una lamentable confusión en torno a las duras críticas que han aparecido en su contra, y, con el ímpetu que le caracteriza, en lugar de averiguar quién las ha difundido, os las ha atribuido a vos y ha propagado un soneto con el que os calumnia muy gravemente.

CERVANTES. No creo que sea para tanto, maese Agustín.

AGUSTÍN. Esta vez se ha pasado y su soberbia no tiene justificación posible. Conmigo traigo el soneto para que lo podáis comprobar. (Saca un papel de su bolsillo.)

CERVANTES. Leedlo, puesto que ha sido escrito para ser escuchado, y comprobemos si es tan grave la afrenta como decís.

AGUSTÍN. Comprended, señor, que me da mucho reparo leerlo ante vos.

CERVANTES. No os preocupéis, pues solo se trata de palabras y a los que con ellas trabajamos nunca les pueden hacer el mismo daño que una espada.

Entra María. Se queda en silencio en un rincón

escuchando. Don Quijote y Sancho también entran y asisten a la escena en silencio.

AGUSTÍN. (Leyendo.) Yo no sé de la-, de lí, ni lé, no sé si eres, Cervantes, co- ni cu- sólo digo que es Lope Apolo, y tú frisión de su carroza y puerco en pie. Para que no escribieses, orden fue del cielo que mancases en Corfú: Hablaste buey, pero dijiste mú. ¡Oh, mala qui jotada que te dé! Honra a Lope, potrilla, ó ¡guay de ti! que es sol, y si enoja, lloverá; y si ese tu Don Quijote baladí, de cu... en cu... por el mundo va vendiendo especias y azafrán romí y al fin en muladares parará... (Se queda mirando a Cervantes, pero él no responde.) Perdonadme señor por lo dicho, pero son las palabra de Lope.

MARÍA. ¡Maldito sinvergüenza! Ese fanfarrón no tiene ningún derecho para trataros de esa forma.

CERVANTES. No os alteréis María, ya dije que se trata de palabras, y estas muestran más el rencor del que las escribe que la incapacidad de aquel a quien las dirige.

AGUSTÍN. Pero, ¿acaso no pensáis tomar medidas contra tamaña afrenta?

CERVANTES. ¿Y entrar en una vulgar lucha de cartas para regocijo de terceros?

MARÍA. Algo habréis de hacer para defenderos de los insultos.

CERVANTES. Sería perder el tiempo en vulgares batallas cuando con mi Quijote, del que tanto reniega el tal Lope, se puede ganar la guerra.

AGUSTÍN. ¿Tanta confianza tenéis en vuestra novela?

CERVANTES. Mucho más que si sólo de mi mano dependiera, más percibo algo extraño cuando a escribirla me siento. Noto como si los mismos personajes vida cobraran y el camino me allanasen contándome sus venturas. Eso es algo que jamás había sentido y que me impulsa a creer que sigo una buena senda.

MARÍA. Yo creo, señor, que muy débil os encontráis por la falta de alimento y descanso, y cree ver fantasmas donde no los hay.

CERVANTES. No es por enfermedad, pues muy sano me siento y nunca tanta lucidez tuve, a pesar del conflicto que me plantean cada noche esos duendes

del pensamiento que cada vez creo más reales.

SANCHO. (Lo somos.)

AGUSTÍN. Me alegro de que no os haya hecho merma la imprudente afrenta de Lope.

CERVANTES. Quien es capaz de vender su pluma, también puede vender su alma, y la creación del que ha hipotecado su alma, siempre carecerá de vida.

AGUSTÍN. Sabias palabras son esas, y reconfortado me quedo de oírlas, pues seguro estoy de que esa grandeza quedara para siempre reflejada en vuestro Quijote.

CERVANTES. Aún es pronto para saberlo, pero muy agradecido quedo por vuestra confianza. Y si veis a Lope, decidle que yo no lo mancillé, aunque mucho se ha quemado por esas necias palabras que calumnian lo que ignora.

AGUSTÍN. Así se lo diré en cuanto lo vea.

Sale Cervantes.

MARÍA. Si tanta maldad hay entre los que se creen sabios, ¿qué no ocurrirá entre los lerdos?

AGUSTÍN. ¿Quién sabe? A mí sólo me interesa lo que penséis vos, y me parece a mí que en soledad dilapidáis vuestra belleza, cuando bien podríais compartirla con un hombre que mereciera los encantos que ocultáis.

MARÍA. ¿Sabéis vos de alguno que sea digno?

SANCHO. (Un servidor.)

AGUSTÍN. Creo que no muy lejos anda de aquí. Tal vez lo estéis mirando en este momento.

MARÍA. Lástima que no pueda verlo. Ahora os acompaño a la puerta, pues supongo que os quedan muchas doncellas por visitar antes de que llegue el alba.

AGUSTÍN. Me agrada vuestro sentido del humor. En verdad considero que podríamos llevarnos muy bien si no os empeñáis en mostrar una falsa hostilidad.

MARÍA. Siempre nos llevaremos muy bien, mientras vos mantengáis la ironía y la distancia. (Salen.)

SANCHO. Gran mujer, cuanto más la conozco, más me gusta. Lástima que nuestro amor sea imposible.

QUIJOTE. Dirás el tuyo, porque ella no te conoce.

SANCHO. Ella no conoce a este trasgo que la persegue, pero si al gran filósofo Sancho Panza y creo que le ama.

QUIJOTE. No es mal consuelo y un buen motivo para seguir con nuestras justas aventuras.

SANCHO. ¿Qué pensáis vos del infausto soneto, de ese tal Lope, en el que tanto nos deshonra y se mofa de nuestro creador?

QUIJOTE. Sus injurias merecen venganza. Si no fuera porque en más altas miras tengo puestos mi destino, invadiría sus sueños y aniquilaría a todos sus personajes para dejarle por el resto de los tiempos sin fantasía. Pero nuestra causa no merece detenerse por el escarnio que parte de la envidia, y dicho está en las reglas de caballería que agravios entre escritores no han de ser resueltos por sus personajes.

SANCHO. Pero como yo no soy caballero, le daría tal mamporro en la cabeza que quedaría más baldao que el perro del hortelano, que ni era perro ni tenía amo.

QUIJOTE. Mirad, por ahí regresa el notario de nuestras gestas.

Entra Cervantes. Se sienta y comienza a escribir.

SANCHO. ¿A qué nueva ventura nos mandará hoy?

QUIJOTE. Presiento que estamos muy cerca de realizar la prodigiosa gesta que para siempre encandile a la hermosa Dulcinea del Toboso para que a mi amor responda.

Entra Dulcinea. Al verla Don Quijote se aparta y se coloca al lado de Cervantes, simulando leer lo que este escribe.

DULCINEA. ¿Es este el escritor con el que he de vérmelas para que me retire de esta novela?

SANCHO. De sobra sabéis que eso no es posible, y ahora no es el momento de importunar a don Miguel con una vacua pretensión, pues una labor más importante le tiene ocupado.

DULCINEA. (Señalando a don Quijote.) ¿Y por

qué he de estar yo condenada a ser la amada de ese lunático?

SANCHO. Aún no lo conocéis bien y vuestra opinión puede cambiar con el paso del tiempo.

DULCINEA. Eso es imposible.

SANCHO. En el peor de los casos, siempre os podréis mantener alejada del amor que os profesa. La historia de la literatura está llena de casos similares, y jamás se dio el caso de que un personaje traicionara a su autor y le diera plantón para irse a otra historia.

DULCINEA. Siempre hay una primera vez.

Entra Fenisa y se acerca a don Quijote.

FENISA. ¡Vaya, flaco! Así que esta es la musa que has elegido para inspirar tus gestas. No imaginaba que tuvieras tan mal gusto cuando tenías a tu disposición a una mil veces mejor.

QUIJOTE. Esta no es su historia y no precisamos de su opinión.

FENISA. Eso es cierto, puesto que ya he encontrado trabajo gracias al soplo que me diste. Por eso

vengo a agradeceréte, y me gustaría aconsejarte que te busques a otra que merezca ser amada. Esta frígida no te conviene, y te la puede dar con otro cuando menos lo esperes.

DULCINEA. ¿Y a ti, se puede saber quién te ha dado vela en este entierro?

FENISA. ¿Acaso no puedo visitar a unos viejos colegas y decirles que no me gusta su pájara?

DULCINEA. Al menos yo tengo clase y estilo, no como otras que parecen mendigas barriobajeras.

FENISA. ¿Acaso habéis visto en mí la imagen que os devuelve el espejo?

DULCINEA. No, he visto la imagen de una puta.

FENISA. Al menos las putas dan placer y reciben recompensa de los hombres, pero las que son como tú, ni sienten ni dejan sentir, pues el hielo es más cálido que su cuerpo.

DULCINEA. Mi cuerpo no es un fogón al servicio del mejor postor. Hay que hacer muchos méritos para acercarse a él, mientras que a otros les basta con una

moneda.

SANCHO. Señoras, moderen su lenguaje.

FENISA. No te metas gordito, que me basta medio mandoble para sacar todos los insultos de su boca.

DULCINEA. Acércate si tienes coraje, que te vas a tragar todas tus palabras.

FENISA. Valor y fuerza me sobran para romper una rígida muñeca de porcelana.

Dulcinea trata de lanzarse sobre Fenisa, pero Sancho se interpone entre ellas.

SANCHO. Señoras, tranquilícense que no es lugar para disputas.

FENISA. Déjala que se acerque y así podré arrancarle la peluca.

DULCINEA. Antes te sacaría los ojos.

SANCHO. Señora Fenisa, pienso que haría bien en marcharse a vivir su propia historia y dejarnos a los que tenemos que vérnoslas con maese Cervantes que resolvamos nuestros propios problemas.

FENISA. Tranquilo, que ya me marchó, pero luego no digáis que nos he avisado si la Dulcinea os sale rana.

DULCINEA. ¡Ojalá y termines quemada en la hoguera!

FENISA. Al menos puedo arder porque el fuego está dentro de mí. Mientras otras sólo podrían derretirse, aunque lo dudo. (Se va.)

DULCINEA. Será bruja.

SANCHO. Ya veis, señora, lo mal que está la situación para los personajes que buscan su ubicación. Creo que no haríais bien si tratarais de forzar vuestra marcha de esta historia, pues difícilmente encontraríais otra oportunidad mejor.

DULCINEA. (Tras pensarlo unos segundos.) Estaría dispuesta a seguir el juego pero con unas condiciones.

SANCHO. Muy difícil lo pone. El autor no creo que las acepte, pero dígame cuáles son para ver si se puede hacer algo que satisfaga a todos.

DULCINEA. Aceptaré si el autor no se empeña en que el amor sea correspondido y se convierta en una pasión carnal. Pues esas carnes no son las que me emocionan.

SANCHO. Muy tranquila podéis estar por eso. Ni un pelo vuestro tocará, pues sois su musa ... ¡Qué digo! Sois su diosa y jamás se supo de hombre alguno que sedujera a quien idolatra.

QUIJOTE. ¿Qué murmuras Sancho?

SANCHO. Nada que no vaya en vuestro favor. Usted siga vigilando lo que el maestro escribe para velar por nuestro destino.

DULCINEA. (A Sancho.) Sorprendida me quedo con vos. Mucho más sabio sois de lo que aparentáis.

SANCHO. La mía es la sabiduría del pobre que trata de enmendar su hambre, que no la gran sabiduría del que libros escribe o a las doncellas seduce con sus poemas.

DULCINEA. Decidme, Sancho, ¿por qué don Quijote, que tan grandes hazañas quiere hacer por mi amor, siente tanto miedo cuando me ve?

SANCHO. Me temo que se debe a que el amor imaginado es mil veces más fácil de dominar que el real, y es más sencillo realizar grandes hazañas en nombre de la amada que acercarse con una flor en la mano sin la certidumbre de ser correspondido.

DULCINEA. Qué difícil resulta entender a los hombres de ficción.

SANCHO. Mucho me temo que con los reales ocurre lo mismo, y eso por no hablar de las mujeres, pues a mí todas me parecen imposibles.

DULCINEA. Imposible es aquello que no se desea conseguir.

Sancho la mira extrañado sin encontrar respuesta.

DULCINEA. No es necesario que siempre seáis brillante, vuestra nobleza os avala. Ahora acerquémonos a ver que está escribiendo el bueno de don Miguel, pues su mucha concentración y fluidez en la escritura puede ser un buen indicio para nuestro destino.

Dulcinea y Sancho se acercan a la mesa, junto a don Quijote, rodean a Cervantes mientras él continúa escribiendo. La luz se apaga lentamente.

QUINTO ACTO

Entra don Agustín acompañado de María.

AGUSTÍN. Decís que el maestro tiene mucha prisa por verme.

MARÍA. Sí, y particularmente no logro entender por qué alguien puede tener tanto interés por reunirse con vos.

AGUSTÍN. Eso se debe a que no me conocéis lo suficiente. Si me concedierais una velada, muy probablemente cambiaríais de opinión. Una cena íntima puede hacer milagros.

MARÍA. Dicen que no hay nada imposible. Así que será mejor no concederos esa cita. No quisiera caer rendida en vuestros brazos, víctima de la pasión, y luego arrepentirme durante el resto de mi vida.

AGUSTÍN. ¿Acaso hay otro hombre que goza de vuestros favores?

MARÍA. Esa es una respuesta que me reservo, y en cualquier caso, una mujer no necesita de varón a su lado para sentirse completa. Y ahora, si me discul-

páis, voy a avisar a don Miguel de vuestra llegada para que no se impaciente más. (Sale.)

AGUSTÍN. Mujer resabiada es y no veo la forma de que ceda.

Entra Cervantes.

CERVANTES. Me alegro de que halláis llegado tan pronto.

AGUSTÍN. No os podía hacer esperar. Decidme, maestro, el motivo de vuestra prisa.

CERVANTES. Quiero, mi buen amigo, que leáis esta parte que he escrito y que probablemente sea el preámbulo del final de mi novela.

AGUSTÍN. ¿Así que ya casi la tenéis terminada?

CERVANTES. Muy cerca ando de ello, aunque cuanto más se acerca el final, mayor es mi angustia por el temor de haber elegido un camino equivocado.

AGUSTÍN. No os preocupéis por eso. Seguro estoy de que la vuestra es una gran historia que mucho honor y fama os dará.

CERVANTES. Dejemos que sean el tiempo y los lectores los que la juzguen. Ahora leed esto. (Le entrega un papel que coge de la mesa.) Quiero escuchar como suena en voz ajena.

Entran don Quijote y Sancho. Comienzan a representar lo que Agustín está leyendo.

AGUSTÍN. El primer cura dio al segundo, en dos razones, cuenta de quien era don Quijote, y así él como toda la turba de los disciplinantes fueron a ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decía: (Se calla y continúa Sancho.)

SANCHO. ¡Oh flor de la caballería, que con sólo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh, honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aún de todo el mundo, el cual faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandro, pues por solo ocho meses de servicio me tenías dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros,

sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines; en fin: caballero andante, que es todo lo que decir se puede!

QUIJOTE. El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, a mayores miserias que éstas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, a ponerme sobre el carro encantado; que ya no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

SANCHO. Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, y volvamos a mi aldea en compañía de estos señores, que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

QUIJOTE. Bien dices, Sancho, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre.

Sancho ayuda a Don Quijote a levantarse y apoyado en su brazo salen del escenario, mientras Agustín termina de leer.

CERVANTES. ¿Qué os ha parecido?

AGUSTÍN. Cuando menos sorprendente. Os confieso que después de todo lo que conozco de las hazañas de don Quijote y su escudero, me esperaba un final diferente y con una mayor fortuna para los protagonistas.

CERVANTES. Aún me falta redondearlo, pero en ningún momento puede haber final venturoso para los que buscan en la ficción aquello que no pueden conseguir en la vida.

AGUSTÍN. No lo digo por las venturas, sino porque da la impresión de que aún faltan muchas cosas por ocurrirles, y aquellos que nos hemos identificado con tan peculiares individuos deseamos que la historia continúe con nuevas gestas que a la vez les otorguen grandeza y miseria.

CERVANTES. ¿Quién sabe, maese Agustín? ¿Quién sabe que será de mí y de mi obra?... Eso es algo que el tiempo resolverá. Y ahora, decidme que nuevas noticias me traéis de lo que se dice por ahí de la locura de mis pupilos y, por consiguiente, de la mía.

AGUSTÍN. Os confieso que un gran interés están levantado don Quijote y Sancho, pues su ingenuidad y

desmesurado ímpetu mucho agradan a quienes los conocen, y la gente ansiosa está por conocer al completo sus hazañas.

CERVANTES. Y del tal Lope, ¿se sabe si ha vuelto a rebuznar en mi contra?

AGUSTÍN. Sospecho que muy al tanto está de vuestros avances y que grande temor tiene de quedar en segundo plano cuando vuestro Quijote sea publicado.

CERVANTES. ¿En qué os basáis para decir esto?

AGUSTÍN. El otro día me llegó de fidedigna fuente un comentario que Lope mandó en una carta a un consejero suyo.

CERVANTES. ¿Qué decía?

AGUSTÍN. Esperad un momento pues lo tengo apuntado en algún sitio. (Busca en un bolsillo y saca un papel.) Aquí está. Entre otras cosas escribió: “De poetas no digo: buen siglo es este: muchos están en cierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a don Quijote”

CERVANTES. Ya veo que no le basta con su éxito, sino que muy ocupado anda evitando que lo tengan los que pueden superarle.

AGUSTÍN. Pienso que tenéis ganada la batalla y que no siempre estará en vuestra contra.

CERVANTES. La batalla de las armas ya la gané en Lepanto, aunque me costara quedar mutilado, pero con una mano me ha de bastar para ganarle la de las letras; mas puede que los frutos de esa victoria nunca pueda verlos.

AGUSTÍN. Los veréis, don Miguel, los veréis muy pronto. Y ahora he de marchar pues negocios menos gratos, que hube de interrumpir para acudir a vuestra llamada, me esperan.

CERVANTES. Marcho con vos, he de visitar a quien interesado está en publicar la novela.

AGUSTÍN. Espero que os dé buenas noticias. (Salen.)

Entra María. Comienza a recoger los papeles que hay sobre la mesa. Se para en uno de los pliegos y lo lee.

MARÍA. No te acucies, Juana, por saber todo esto tan aprisa; basta que te digo verdad y cose la boca. Sólo te sabré decir, así de paso... (Aparece Sancho.)

SANCHO. (Mientras María sigue mirando el papel) ...que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan a gusto como el hombre querría, porque de ciento que se encuentra, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido mantenido, y de otras molido, pero, con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas a toda discreción, sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí.

MARÍA. (Dejando el papel sobre la mesa.) ¡Qué extraño es este hombre! No entiendo lo que cuenta y, sin embargo, me emociona.

SANCHO. Como vos lo hacéis conmigo. Tanta emoción siento cuando os veo, que no hallo el momento de estar junto a vos. Y no paro de preguntarme

por qué está permitido el amor de los hombres a los personajes de ficción, y, sin embargo, a nosotros se nos niega amar a una mujer real. Yo por vos haría mil veces más locuras que don Quijote por Dulcinea. (María se aleja y Sancho la sigue.) Hasta renunciaría a mi perpetua existencia sólo para permanecer unos minutos junto a vos. (Salen.)

Cervantes entra. Se sienta y continúa escribiendo. Entra Don Quijote y detrás Dulcinea y Sancho. Don Quijote mira atentamente lo que escribe Cervantes.

QUIJOTE. ¡No puede ser, esto no puede ser! ¡No puede terminar dejándome enfermo en el lecho y sin cumplir con mi gran gesta!

DULCINEA. (A Sancho.) Parece muy dolido.

SANCHO. Es lógico, tenía mucha ilusión en culminar sus hazañas para lograr vuestra mano.

DULCINEA. ¿Creéis que me ama?

SANCHO. Más que a su vida, aunque no sé si eso es amor.

DULCINEA. Aunque no sea un hombre al que pueda amar, reconozco que su gran esfuerzo merece algún tipo de recompensa, y este Cervantes no se está portando muy bien con él.

SANCHO. Me parece que eso es algo que nosotros nunca sabremos, y tengo la sensación de que una carta tiene guardada bajo la manga de su único brazo.

Cervantes se levanta, recoge todos los papeles, los guarda en una carpeta y sale del escenario.

QUIJOTE. (Gritando.) ¡Traidor! ¡Eres un traidor! ¡Ojalá y nos hubiéramos ido con Lope!

SANCHO. Cállese, mi señor, pues creo que muy injusta es su ira contra nuestro autor.

QUIJOTE. ¿Acaso no has visto cómo me ha dejado? Agonizante y fracasado he quedado y sin crear mi leyenda.

SANCHO. Mucho peor hubiera sido si hubiéramos muerto.

QUIJOTE. (Abatido.) Si al menos hubiera fenecido en la batalla, habría tenido una muerte épica, pero de

esta manera seré para siempre un enfermo y la historia jamás recuerda a los perdedores que no han culminado sus gestas.

SANCHO. Yo creo que maese Cervantes sabe muy bien lo que se hace y, aunque no lo parezca, tiene mejores planes para nosotros.

DULCINEA. Para eso haría falta que la obra no fracasase y los lectores le pidan su continuación.

SANCHO. El que no hace trampas a su conciencia nunca fracasa, y más grande pareceme este escritor que todos cuanto antes he visitado... Aunque al principio le critiqué, gracias le doy por todo lo que me ha dado, pues en mucho ha superado a lo que de mí yo nunca imaginé.

QUIJOTE. Os confieso que mi reproche no va contra su ingenio, que muy grande me parece, sino por la mala posición en que nos ha dejado, puesto que cualquier incauto podría aprovecharse del final de esta obra para hacer una continuación que para siempre nos deshonrara.

SANCHO. Luego eso supone que no odiáis a maese

Cervantes.

QUIJOTE. ¡Cómo podría odiar a mi padre, a mi hijo y a mí mismo! Puesto que esas tres cosas están en él. Le amo, le odio, le admiro, le temo, le pegaría y luego le abrazaría, o al revés.

SANCHO. Entonces, señor, os pido que aguarde-mos con paciencia, puesto que nuestro padre no dejará que le roben su criatura y presto en nuestro auxilio saltará cuando un impostor trate de robarnos.

QUIJOTE. ¿Tan seguro estáis Sancho?

SANCHO. Ningún padre deja agonizando a su hijo por mucho tiempo. O lo salva o lo mata, pero nunca permitirá que sufra. Y os recuerdo que aún falta por llegar mi ínsula, el amor de Dulcinea y la fama, posteridad y monumentos de los que usted me habló al principio.

DULCINEA. Y puede que mi libertad.

SANCHO. ¿Quién sabe?

QUIJOTE. Entonces vayamos a prepararnos para las futuras gestas. Grandes conquistas nos esperan,

Sancho.

SANCHO. Las más grandes, señor, las que nunca se olvidan.

Salen los tres y la luz se apaga. Oscuro final.

FINAL DE LA OBRA